

Patrick Williams (2014). *De eso no hablamos. Los vivos y los muertos entre los manuches*. San Luis Potosí, México: El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.

DEL PORQUÉ CONVIVEN LOS VIVOS CON LOS MUERTOS

A lo largo de las páginas del libro de Patrick Williams se despliega un relato que adquiere intensidad y complejidad conforme el lector se adentra en ellas. La escritura en primera persona le otorga al libro de Williams la capacidad de acercar al lector a la experiencia singular de escuchar a un pueblo, un pueblo gitano, los manuches, hablar de sus muertos, de una interrelación que prolonga las relaciones sociales, afectivas, culturales, más allá de la vida. El pueblo manuche vive en la parte central de Francia. Es un pueblo caminante en plena defensa de su modo de vivir, de su visión del mundo, rodeado de un entorno que no entiende esa forma de vivir, y de comprender la relación humana con los muertos. Justo lo anterior es descrito y explicado por Williams a través de las cinco partes que componen este libro, más un anexo de fotografías y la bibliografía.

Patrick Williams reconoce, en los primeros renglones del libro, que su interés en comprender las miradas culturales de los manuches se originó en la discusión entablada por Leonardo Piasere y Judith Okely para dilucidar las relaciones de vivos y muertos entre los slovensko roma —sobre los que escribe Piasere— y los travellers-gypsies —de quienes escribe Okely—. Es importante esa referencia para entender el interés de

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente. Correo electrónico: apfgup@gmail.com.

Williams. Opera de nuevo la orientación comparativa de la antropología y la etnología, si es que hemos de hacer la diferencia entre ambas. Una cuestión central para el trabajo del antropólogo, y del etnólogo, es entender los universos que estudia y, a partir de ellos, establecer la comparación para permitir explicaciones sobre las similitudes y las diferencias de los mundos de la cultura que se están discutiendo. Por ello es importante esa referencia de Williams a la discusión mencionada entre Piasere y Okely.

La familiaridad de Williams con los manuches viene de lejos. Los conoce desde sus días infantiles. Se trata de un etnólogo que discutirá las claves culturales de un pueblo desde la relación entre vivos y muertos. Le consta, dada su larga convivencia con los manuches, que éstos no aceptan los términos intermedios. Entre ellos, se es o no se es. Se está o no se está. Es un reto importante para el etnógrafo. Es de hecho una exigencia del propio pueblo manuche para establecer el diálogo. La indiferencia hacia las claves culturales, hacia la manera de entender y vivir el mundo de los manuches, es la mejor forma para no ser aceptado. Desde esa perspectiva, el relato en primera persona adquiere relevancia porque denota la cercanía desde la que el etnólogo escribe.

Los manuches son una totalidad cultural. Se la debe explicar en sus propios términos, pero también en su relación con la sociedad distinta, los no gitanos, los *gadjé*. Me recordó a los indios y los ladinos de los Altos de Chiapas o a tantas dicotomías que recorren a América Latina y El Caribe, resultado del colonialismo. Williams comenta los trazos de una historia, la de los manuches, que se remontan a Alemania y luego penetran a Francia por diversas veredas. Son generaciones de parientes caminando hasta llegar al lugar en donde hoy viven. Son endógamos. Hablan un idioma que los distingue incluso de sus primos en otras partes de Francia. El idioma se usa cotidianamente reafirmando los referentes de identidad en medio de la condición general de ser gitanos.

A través del libro de Patrick Williams se percibe la centralidad de los muertos entre los manuches. La relación con ellos es una clave cultural. Pero hay un aspecto intimista en este pueblo, derivado, quizá, de su difícil relación con el mundo sedentario, con los no gitanos. Es ese sentimiento de intimidad el que hace que la relación con los muertos sea tan compleja de ver desde afuera. De hecho, los manuches, dice Williams, hacen todo lo posible por certificar que un muerto está bien muerto y que no es

conveniente conservar nada de lo que en vida le perteneció. Pero en el relato etnológico que sigue a estas primeras páginas nos percatamos de la centralidad de los muertos para la vida de los manuches. Sólo éstos y el etnólogo podrán decirnos si ese lazo es una fuerza para atar el presente con el pasado en vías de establecer la continuidad de la cultura del pueblo manuche, la condición de sobrevivencia de su modo de ser. Sólo que no hay que descubrir a los no gitanos cuáles son estas vías, la intimidad de la cultura debe preservarse frente a los no gitanos, los *gadjé*, que no entienden y, además, no desean entender. El silencio sobre los muertos se transforma en silencio sobre la propia cultura. De eso no hablamos, le dicen los manuches al etnólogo.

Sin embargo, sí se habla de los muertos. De otra manera el libro de Williams no hubiera sido posible. Es más, la referencia a los muertos es entre los manuches hablar de las relaciones entre colectividad e individuo, referirse a los que viven. Williams explica con suficiencia cómo ocurre lo anterior, en un despliegue narrativo que descubre la vitalidad creativa de los manuches. Otra clave cultural de los manuches es recordar a través del olvido. A mí esa parte del libro me llevó hasta los zoques, un pueblo que vive en las Montañas de Pantepec, en Chiapas. Entre los zoques habita la Señora del Volcán, la que expresa la dialéctica de la vida. Es la Señora que celebra los enojos con fiestas; es la Señora de las noches multicolores y los días oscuros. Es niña y joven, adulta y anciana. Es la Señora que apaga a las estrellas y enciende a los rayos. Duerme despierta. Es la Señora que recuerda el olvido. El etnólogo mixe Laureano Reyes escribe sobre ello en *Los zoques del volcán* (2007), un libro excelente.

Entiendo que entre los manuches la memoria es a través del olvido. Los muertos recuerdan o, mejor, hacen que los vivos recuerden. Están ligados a una concepción del tiempo, a otra clave cultural de los manuches. Lo es porque esa actitud ante los muertos tiene que ver con la organización del parentesco, y ésta es continua, atraviesa los tiempos, garantiza la permanencia del mundo manuche. En el léxico de los manuches, dice Williams, no hay palabra para *memoria*; en lugar de ello, se usa *pensar*. Eso me llevó a la pregunta de si el olvido está unido al nomadismo, a la cambiante movilidad, que impone situaciones que están fuera de la voluntad de uno el controlar. No hay arraigos entre los nómadas manuches, con la excepción de los muertos. Así se revela una noción muy propia de

comunidad de la que los muertos son parte inmutable. Entonces, ¿quién es el grupo? La respuesta la escribe Williams: “Los vivos y los muertos reunidos son verdaderamente el grupo” (p. 27).

Si lo anterior sucede, por lo tanto, los muertos manuches no dejan de estar rodeados de los no gitanos, igual que los vivos. Los muertos están enterrados en cementerios *gadje*. Me pregunto si en ello existe también un simbolismo de la vida errante, el sentido de no poseer un territorio en sí, sino más bien un ámbito en el que transcurre la vida. Es una pregunta.

Otra similitud con México: la reunión con los muertos en los cementerios. Es un día de fiesta, tanto entre los manuches como en prácticamente todo México. Las libaciones sobre las tumbas, el festejo a la vida, es parte de esa unión con los muertos. En México, ello adquiere una gran complejidad, incluso con la distinción entre el día de los “muertos chiquitos” y el dedicado a los “muertos grandes”. El libro de Patrick Williams es sugerente de la riqueza etnológica en potencia que tiene una etnología comparada de la relación entre vivos y muertos en el mundo de hoy. Al igual que los muertos regresan entre los gitanos, en México, en particular, y en América Latina y El Caribe, en general, los muertos regresan. La variabilidad cultural en la percepción del regreso de los muertos es un tema etnológico. Incluso en el México del periodo colonial, el regreso de un muerto es para anunciar la rebelión contra la imposición de una cultura extraña. Es el caso, por ejemplo, de Don Carlos, el cacique de Texcoco, que regresa a donde están las concentraciones multitudinarias, a los mercados, para recordar al pueblo nahua que los dioses están activos y exigen respeto, expresado en el rechazo al cristianismo. El respeto se convierte en una palabra crucial en los contextos de pluralidad cultural. La relación entre vivos y muertos tiene que ver con ello. Para que se respete a la cultura propia, el principio es respetarla uno mismo. Desde allí se comprende el respeto a los demás. Las páginas que escribe Williams sobre los objetos, el tiempo y el espacio revelan la importancia de saber convivir en la pluralidad, un aspecto que para los manuches, rodeados de *gadjes*, es fundamental. Todo está ligado al respeto. Por ese razón, los rituales tienen una dimensión individual: respetar a los muertos es, dice Williams, respetar el silencio de los vivos (p. 40).

Me pareció especialmente atractivo el que los manuche piensen —también en el sentido de memoria— que el respeto a los muertos

denota el control que uno tiene de sí mismo y del mundo. Los cuentos sobre los erizos —comida de los manuche— y el pirdo son ilustrativos, así como los comentarios de Williams al respecto. Es una de las partes más atractivas de su escritura porque penetra en un mundo simbólico que advierte de las características de la visión del mundo de los manuches. En ese sentido, me pregunto ¿cuáles son las mediaciones entre cultura y naturaleza en la concepción manuche? En la respuesta a esta pregunta seguramente la relación con los muertos debe ocupar un lugar central. Y, por lo que se lee en el propio libro, la relación con los *gadjé* —los no gitanos— también interviene en la respuesta acerca de las mediaciones. Pero, agregó, habrá que distinguir las mediaciones entre cultura y naturaleza y entre las relaciones sociales. Lo que sí es claro es la intervención de los muertos en ambas dimensiones.

La relación con los no gitanos tiene características que se asemejan a otro tipo de relaciones interculturales en el mundo actual. Son relaciones interculturales asimétricas. Esa asimetría se manifiesta de varias maneras. En el caso de los manuche, los no gitanos les han construido una serie de adjetivaciones peyorativas: bohemios, nómadas, gitanos. Me recuerda a lo de indios, inditos, chamulón, flojos, tan usados en México. La interculturalidad asimétrica operando a toda intensidad a través de la lengua. El libro de Patrick Williams aporta a la comprensión de los contextos de la interculturalidad sin equidad, mostrando la complejidad de las relaciones asimétricas y las formas en que un pueblo, como el manuche, sortea la situación. Y, en ello, el silencio cumple un papel destacado: con el silencio se protege la identidad colectiva, el “peligro” de ser reconocidos, descubiertos por los *gadjé*, para quienes los gitanos no son un pueblo.

Las alteraciones culturales, las transformaciones, los procesos de transculturación, alcanzan también a los manuche. De los bosques a los tugurios urbanos, el ámbito, el hábitat, cambia, “de cesteros a charreros”, escribe Williams (p. 71). La sedentarización es un signo de alteración cultural profunda. Me pregunto: ¿la sedentarización equivale a la dilución de la comunidad manuche? La etnología deberá ofrecer la respuesta. En el armado de esa respuesta deberá incluirse el papel del cambio religioso, como algo adelanta Williams en su libro. Avanza el pentecostalismo entre los manuche. También ellos están siendo bautizados

por fuego —dice Manuela Cantón—, como ocurre en Guatemala o en Chiapas. ¿Cómo altera ello la relación con los muertos? El silencio priva.

Uno colige que conforme el medio ambiente en el que se desenvuelve la vida manuche cambia, la cultura se altera, experimenta cambios. Así, en el proceso de volverse urbanos, de “cesteros a chatarreros”, aparece el pentecostalismo. En Tabasco, en particular, y en el sureste de México, en general, los cambios drásticos en el uso de los recursos naturales facilitaron la actuación de las iglesias evangélicas, entre otras, las pentecostales. Cuando la Chontalpa, el hogar de los chontales, fue arrasada por la impronta petrolera y los planes de desarrollo en Tabasco, los evangélicos se multiplicaron. Similares sucesos caracterizaron la construcción de gigantescas hidroeléctricas en Chiapas, cuando los miles de desplazados forzosos aceptaron los credos evangélicos. Al alterarse las ecologías culturales, las transformaciones se facilitan, y los manuches no son la excepción.

Pero la historia está allí. Los párrafos finales del libro de Patrick Williams ilustran que el enlace con la vida pasada cobra fuerza al enfrentar las adversidades. Cuando la ocasión lo exige, el pasado llega. Los manuches seguirán siendo el pueblo manuche porque tienen el talento para lograrlo, poseen inventiva, capacidad creadora.

El propio relato de Patrick Williams demuestra la importancia del parentesco entre los manuches. En ese sentido, me parece que le falta al libro una discusión más amplia de las relaciones entre parientes, acompañada de algunas genealogías para ilustrar esas relaciones. La misma nomenclatura del parentesco seguramente ofrece perspectivas para entender cómo se organiza esta sociedad caminante en el ámbito de un mundo sedentario y urbano. Más todavía, la discusión de la organización del parentesco asociada a la relación con los muertos sería un excelente complemento para que el lector aquilate la solidez de una organización social como la de los manuches. Estoy seguro de que Patrick Williams tiene entre sus notas de campo el material suficiente para ilustrar el funcionamiento del parentesco y su lugar en esta vinculación que los manuches construyen entre vivos y muertos.

Otro ángulo que me parece importante es la necesidad de una discusión acerca de la jerarquización en la sociedad manuche y qué relación guarda ese aspecto con los muertos. Tal como aparecen en el libro, los

manuches aparentan ser un grupo sin mayores desigualdades internas en términos de diferencias económicas y políticas. Es probable que estos aspectos sean en efecto poco interesantes para comprender a los manuche, pero a los ojos de alguien que desconoce la etnología de este pueblo, una mención de ello resulta importante. Sobre todo, si las desigualdades sociales existen entre los manuches, ¿qué relación guarda con los muertos?

El libro de Patrick Williams es un texto de etnología apoyado en un minucioso trabajo de campo. Es de notarse a lo largo del libro el conocimiento que el etnólogo ha alcanzado de este pueblo y ello es el resultado de una prolongada convivencia que incluye el manejo del idioma y el entendimiento de sus actitudes culturales. Sigue siendo el trabajo de campo, la etnografía consiguiente, las conversaciones a profundidad, la participación en la vida de quienes se trata de entender y explicar, las fortalezas de la antropología en general. El libro de Patrick Williams reafirma lo anterior, mostrando no sólo la validez del trabajo de los etnólogos, sino también su pertinencia en estos escenarios contemporáneos de capitalismo salvaje y de estructuras de poder ocupadas por seres insensibles no solamente ante la diversidad humana, sino también ante las lacerantes desigualdades que caracterizan a nuestro tiempo.

Las páginas finales del libro están ocupadas por las espléndidas fotografías de Raymond Claquin. Son parte del texto. Permiten visualizar algo de lo que Williams ha escrito. Es un buen ejemplo del papel de la fotografía en la etnología. Un libro brillante. Una narración etnológica ilustrativa de la contemporaneidad que vivimos. La etnología y el etnólogo cumplen su cometido de mostrar la variedad cultural, su valor, su característica plenamente humana.

El Colegio de San Luis, 19 de agosto de 2015.

REFERENCIAS

- REYES GÓMEZ, L. (2007). Los zoques del volcán. Distrito Federal, México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Recuperado de http://www.cdi.gob.mx/dmdocuments/zoques_del_volcan_cdi_antropologia_social.pdf.